

§ 108.

El motivo de la acción creadora de Dios

1. A causa de su independencia, perfección y felicidad absolutas, Dios no puede haber creado el mundo para aumentar y enriquecer mediante la actividad creadora su perfección ontológica, noética y moral. Como acabamos de ver, no es incitado ni obligado a crear ni por un bien externo distinto de él ni por una deficiencia interna. *El motivo de la voluntad creadora divina se halla en Dios mismo y no tiene ni presuposiciones ni causas.* Dios crea porque quiere crear. Hasta se podría decir: quiere porque quiere. El placer que le producen su bondad y el amor a su propia perfección (cfr. el § 89) lo activa de tal manera que se siente libre y voluntariamente inclinado a realizar su bondad y perfección en el sector externo, de modo finito, permitiendo que participen en ellas seres distintos de él.

Como quiera que Dios ama en cuanto que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, el amor divino podría ser definido de la siguiente manera: Dios se ama a sí mismo en cuanto que el Padre ama al Hijo y al Espíritu; el Hijo, al Padre y al Espíritu; el Espíritu Santo, al Padre y al Hijo. El amor con que el Padre ama al Hijo es tan íntimo e intenso, que no solamente desea para él la felicidad que le proporciona su propio amor paternal, sino también el amor de otra persona. En primer lugar, y sobre todo, le desea el amor del Espíritu Santo. Pero el Padre quiere, además, que lleguen hasta su Hijo las llamas de un amor externo a Dios. Además, le desea la felicidad que implica toda forma de entrega amorosa, le desea que pueda difundir su amor no sólo en los ámbitos de lo divino, sino también fuera de ellos. Con este fin proyecta la creación de una realidad distinta de la divina, para que el Hijo pueda amarla y pueda ser amado por ella. En la generación comunica al Hijo este plan del mundo concebido por amor al Hijo. Este lo acepta por amor al Padre. Es decir, desea para el Padre lo que el Padre desea para él. El Padre y el Hijo comunican dicho plan al Espíritu Santo en la aspiración. Le desean al Espíritu Santo lo mismo que se desean mutuamente. El Espíritu Santo acepta el plan del mundo y actúa su amor al Padre y al Hijo, del mismo modo que éstos el

amor con que aman al Espíritu Santo. En el Espíritu se consuma el movimiento que comienza en el Padre, y desde aquél, cuando el Dios trinitario lo quiere, sobrepasa las fronteras del amor y ser divinos.

Aun cuando Dios no realizase de este modo el placer que le produce su propia perfección y el amor con que la ama, ese placer no sería inferior. Pero en los arcanos de su inescrutable voluntad está dispuesto que ha de realizar también el amor que se tiene a sí mismo difundiendo hacia fuera su perfección. Nosotros no sabemos por qué Dios lo ha decidido así, siéndonos por eso desconocido el fundamento profundo de la creación del mundo. Se trata aquí de un misterio inescrutable del amor divino.

2. *El motivo de la acción creadora divina ha sido el amor de Dios a sí mismo, amor que ha querido manifestarse mediante los bienes comunicados a la criatura* (dogma): Concilio Vaticano, sesión tercera, cap. I, D. 1783.

3. El libro de la Sabiduría (11, 24 y sig.) testifica que la in-causada e inescrutable voluntad amorosa divina es el fundamento de la acción creadora: "Pero tienes piedad de todos porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia; pues amas cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin ti?" Y el libro de los *Proverbios* (16, 4): "Todo lo ha hecho Yavé para sus fines, aun al impío para el día malo" (véase *Rom.* 11, 35; *Ap.* 1, 8).

4. San Agustín (*Confesiones*, lib. 13, cap. 1; *BKV* VII, 336 y sig.) escribe: "Yo te invoco a ti, Dios mío, "misericordia mía", que me has creado y no me olvidas nunca. Te llamo para que entres en mi alma, a la cual has hecho capaz de recibirme mediante el anhelo que has infundido en ella. No me abandones ahora que te llamo, pues te has adelantado a mis súplicas cuando no te invocaba: con múltiples llamadas me has incitado repetidas veces a que te oyese y me dirigiese a ti y te escuchase. Porque tú, Señor mío, has borrado todas mis iniquidades, para que no tuvieses que castigarme a causa de las obras de mis manos, con las cuales me he separado de ti; y tú te has adelantado a todas mis buenas obras, para poder recompensarme a mí, obra de tus manos. Porque antes de que existiese, existías tú ya; yo no era tal que mereciese ser creado por ti, pero he ahí que ahora poseo la existencia en virtud de tu bondad, la cual ha precedido mi creación y a la materia de que me has creado. Porque tú no tenías necesidad de mí ni yo soy un tan elevado bien que tú, mi

Señor y mi Dios, puedas tener provecho de mí. No poseo la existencia para servirte de ayuda, como si tú pudieras sentir cansancio en tu actividad o como si tu poder fuese inferior si tuvieses que prescindir de mis servicios; ni tampoco para honrarte a modo de figura terrestre, como si habrías de quedar sin honra en caso de que yo no te honrase; no es así: he de servir y honrarte para que puedas recompensarme, tú que me has creado como ser que ha de tener suerte, a quien le ha de ir bien." Cap. 2 (l. c.): "Efectivamente, de la plenitud de tu bondad ha salido tu creación, para que no falte el bien que tú podías hacer, aun cuando a ti no te produzca utilidad alguna ni sea semejante a ti, a pesar de provenir de ti. Porque ¿qué méritos han contraído de antemano en cuanto a ti el cielo y la tierra, que fueron creados al principio? ¿Que digan qué méritos han contraído de antemano en cuanto a ti las criaturas espirituales y corporales, a las cuales has creado de tal modo en tu sabiduría que aun lo apenas iniciado y lo informe, cada cosa en su género, lo corporal y lo espiritual, había de depender de ella, hasta lo que tiende al desorden y aun a la mayor semejanza con respecto a ti, debiéndose observar aquí que lo espiritual informe es todavía mejor que un cuerpo formado, y lo corporal informe aun siendo así vale más que si no existiera en absoluto. Aun siendo informes, todas las cosas hubieran quedado dependiendo de tu palabra, si precisamente tu palabra no las hubiese llamado a formar una unidad contigo, estructurándolas de tal modo que todo es bueno por ti, que eres el bien supremo. ¿Cómo todas estas cosas habrán merecido de antemano ni aun su existencia informe, puesto que han recibido de ti también esa existencia? ¿Cómo habrá merecido la materia corporal ni aun el estar confusa y vacía? ¿Sin tu acto creador no sería ni siquiera eso! Como quiera que todavía no existía, no había podido merecer de antemano el que tú la llamas a la existencia. ¿Y cómo la creación espiritual, semejante al abismo, desemejante a ti, habrá podido merecer en el origen ni aun el borbotear en las tinieblas si la misma Palabra no la hubiese orientado hacia la Palabra que la ha creado e iluminado, de modo que se hizo luz, no igual a tu Viva Imagen, pero sí semejante a ella?" Cap. 4 (l. c., 339): "¿Qué le hubiera faltado a tu felicidad, la cual eres tú para ti, si las criaturas no hubieran sido hechas o si se hubiesen quedado en un estado informe? Pues no las has creado porque tuvieses necesidad de ellas, sino que las has ordenado y dado forma debido a la superabundante plenitud de tus gracias; pero no las has creado a fin de que mediante las criaturas tu felicidad fuese perfecta. Pues a ti, que eres el Ser perfecto, te desagrada su imperfección; por eso reciben de ti la perfección, de modo que puedan agradarte. Pero tú mismo no eres imperfecto, de modo que tuvieses necesidad de su perfección para obtener tu propia perfección. Pues tu buen "espíritu estaba por encima de las aguas", pero no le servían las aguas de soporte, como si descansase en ellas; antes bien, tu buen espíritu hace que descansen en él aquellos de quien se dice que él descansa en ellos."

5. Según el texto del Concilio Vaticano, no puede decirse propiamente que Dios, al crear al mundo, ha tenido un *motivo primario* y un *motivo secundario*, siendo el propio amor el motivo primario y el amor a las criaturas el motivo secundario. Dios no ha te-

nido más que un motivo, a saber, el amor a su propia perfección. Por razones inescrutables para nosotros ha querido manifestar su bondad en las criaturas, según las posibilidades de éstas, para poder encontrar su gloria también allende el ser divino y para poder derramar su amor en lo que existe fuera de sí mismo. Dios, en cuanto realiza su gloria en lo creado, según la medida de las posibilidades de la criatura, se encuentra a sí mismo, en cierto modo, en lo que existe fuera de sí mismo. Y por eso, el amor a su propia perfección inunda lo existente fuera de sí mismo.

6. Como ya constatamos en otro lugar, el origen divino comunica a la criatura su más íntima nota característica (§ 105). Afirmar que las cosas tienen un origen divino quiere decir que proceden del amor divino, de modo que es el *amor de Dios a las cosas el que comunica a éstas su nota característica*. En los seres impersonales se manifiesta esto bajo la forma de unidad e interdependencia. En cuanto al espíritu creado tenemos como resultado que el amor es la esencia íntima del ser personal. Desde este punto de partida empieza a comprenderse nuevamente que el hombre tiende necesariamente hacia el "tú", que tiene que entregarse a alguien; en definitiva, al Tú divino, que es por esencia un ser destinado a vivir en comunidad, y, viceversa, que el egoísmo, el atrincherarse y amurallarse enfrente del "tú" produce resultados negativos y opuestos a las exigencias del ser. Por eso, el infierno, en el cual el condenado experimenta la desnuda verdad de su egoísmo, de su definitivo y voluntario apartamiento de Dios, del amor, es un estado de continua soledad e interno desgarramiento, un estado en que el hombre ha dejado de poder amar por haberse apartado del amor (cfr. el § 92).

7. La existencia del *mal*, tanto del mal natural como del mal moral, no puede aducirse como argumento decisivo contra lo que hemos dicho sobre el origen divino del mundo; es una dificultad grave, pero no se puede aducir como prueba de que el mundo no procede de la voluntad amorosa de Dios (véanse §§ 93 y 113). La creencia en Dios ha de ser suficientemente firme y fuerte para soportar con facilidad tales pesos. Véase el Tratado sobre la Gracia. Por lo que se refiere a la cuestión de saber por qué Dios ha creado un mundo en el cual el mal posee un tan funesto y extraordinario poder, cabría decir lo siguiente (siguiendo ideas expuestas en la escuela escotista): El amor con que Dios ama su propia perfección

le movió a llevarla a la nada, a hacer una visita a la nada (Hello), por decirlo así, y a manifestar allí su gloria, es decir, a crear formas finitas de su gloria. El espíritu creado puede y debe percibir conscientemente, reconocer y amar la gloria de Dios, que se manifiesta en la Naturaleza y en su propio yo (cfr. los párrafos siguientes). El amor creador, al crear, quiere, pues, que la perfección divina sea amada por otros seres. El amor personal crea seres fuera de Dios con el fin de poder recibir amor desde las profundidades de la nada.

Ahora bien, el pecado parece hacer fracasar estos proyectos divinos, puesto que el pecado es esencialmente odio a Dios. Conviene tener en cuenta aquí que en el plan de la creación iba incluida de antemano la encarnación del Hijo de Dios (§ 103). Por consiguiente, Dios Padre vió cómo desde el corazón de la Palabra divina encarnada ascendía una llama de amor cuyo resplandor eclipsaba todos los pecados, en cuyo fuego se consumía el odio del pecado. Tenemos, pues, que el fin que Dios se había propuesto con la creación no quedaba frustrado, de modo que no necesitaba abandonar su propósito de crear, a pesar de que sabía que las criaturas habían de aborrecerle.

El que Dios haya creado un mundo en que existía la posibilidad de pecar es un hecho que puede fundamentarse del siguiente modo (y como ya se expuso en otra ocasión): Dios se ha dignado conceder a la criatura la participación en la más divina de todas sus propiedades, a saber, en el señorío, de un modo apropiado al ser de la criatura que se halla en estado de perfeccionamiento. El que Dios no haya creado criaturas de antemano perfectas, incapaces de abusar de la libertad, es un misterio inescrutable (véanse los párrafos sobre el pecado original).

8. Al observar que la *Naturaleza*, a pesar de su seductora hermosura y magnificencia, no produce la impresión de estar animada de simpatías para con el hombre, de ser signo e instrumento del amor divino, antes bien parece rebosar de enemistad y malicia, conviene no perder de vista dos aspectos:

a) En primer lugar, el amor de Dios no es como el humano. No tolera que nos demos por satisfechos con la precaria y limitada existencia espacio-temporal, sino que quiere que participemos en la gloria divina. Por eso nos inquieta en medio del codiciado bienestar terreno, para que no nos entreguemos al mundo ni nos establezcamos en él seguros y satisfechos.

b) En segundo lugar: el cosmos lleva dentro de sí mismo la maldición del pecado, la cual se manifiesta bajo la forma de hostilidad de la Naturaleza para con el hombre. En definitiva, la Naturaleza termina por ser siempre instrumento de Dios. El juicio en que Dios hizo y hace recaer sobre el hombre, a través de la creación, la maldición del pecado, es, como todos los juicios divinos, un juicio de la gracia. Impulsa al hombre a hacer obras de penitencia salutífera.